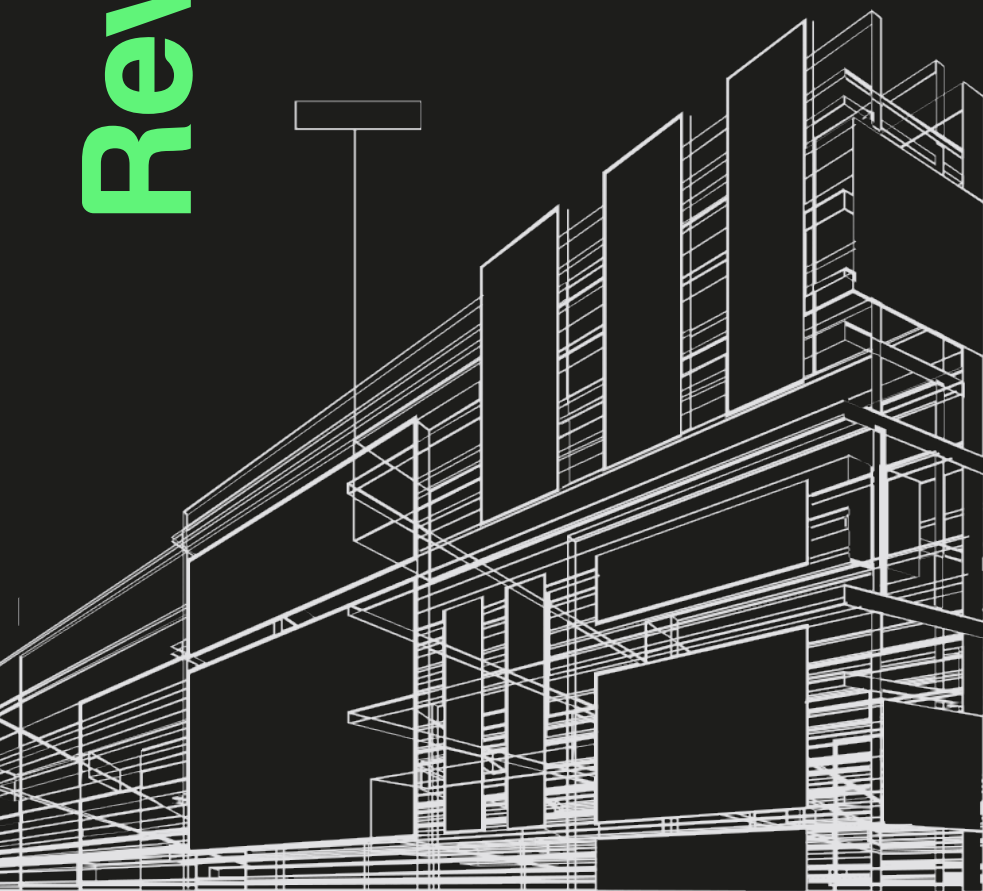


Revistas

comunicación
científica

20
23

USACH



DIRECCIÓN DE
**INVESTIGACIÓN
CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA**



**FUTURO
USACH**

Antoine Faure
USACH / Escuela de Periodismo / CECOMP
antoine.faure@usach.cl

Temporalidades públicas. Conflicto(s) por el *momentum*¹.

Public temporalities. Conflict(s) for *momentum*.

DOI 10.35588/rp.v0i19.6262

Resumen

En permanente reconfiguración entre sus capas, densidades, texturas, el tiempo y sus pluralidades son un instrumento de gobierno de lo público. De manera discreta, a veces usando la aceleración, otras veces dilatando o también disfrazándose de regularidad, impacta lo que se puede decir (o no), desde cuándo se puede tomar la palabra o la decisión, como matriz del para qué y del cómo se debe de decir. Así, las temporalidades públicas contribuyen a la construcción de formas perceptibles y pensables de un mundo común, es decir, a convenciones y normas sobre las ficciones de lo público, sobre los sujetos y los eventos. Entonces, el cuestionamiento se traslada desde las concepciones representativas de lo público y la filosofía normativa de la libertad de expresión, hacia la percepción de lo público y el discurso convencional sobre un común.

Palabras clave: Temporalidades, cronopolítica, *momentum*, comunicación pública, politicidad.

Abstract

In permanent reconfiguration between its layers, densities, textures, time and its pluralities are an instrument of governance of the public. In a discreet way, sometimes using acceleration, other times dilating or also disguising itself as regularity, it impacts what can be said (or not), from when the word or the decision can be taken, as a matrix of what for and how it should be said. Thus, public temporalities contribute to the construction of perceptible and thinkable forms of a common world, that is, to conventions and norms about the fictions of the public, about subjects and events. The questioning then shifts from representative conceptions of the public and the normative philosophy of freedom of expression to the perception of the public and the conventional discourse on a commons.

Keywords: Temporalities, chronopolitics, *momentum*, public communication, politicity.

¹ Este texto presenta resultados de la investigación en curso "Cortar y Pegar: Fuentes en el Periodismo Escrito en Chile. Una Historia Mediática y Cultural de la Repetitividad (1976-2019)". ANID / Fondecyt regular 2023/ N° 1231032.

Entre las pluralidades del tiempo, la comunicación pública se ha vuelto un conflicto sobre las temporalidades comunes. Es la hipótesis de trabajo que guía este texto y los proyectos de investigación que estoy desarrollando en el marco de CECOMP.

La comunicación pública en sí hace problema, ni sus prácticas ni el concepto son claros y circunscritos, ni tampoco constituye una categoría u objeto definido. Por sí misma, la comunicación pública genera problema porque no remite a ninguna dimensión autónoma de la vida social. Esto no quita que *exista*, que experimentemos cotidianamente esta dimensión, que la percibamos y la atravesemos; vía muchos artefactos, se representa y nos afecta. En términos de propiedades, sus fronteras son porosas entre las convenciones de la ficción: economía y *oikos*, vida espiritual y terrestre, privado y público, relaciones interpersonales y el colectivo, materialidades físicas y digitales; para decirlo de otra manera. Al asumir la comunicación pública como un campo problemático, el campo de la disputa sobre lo común, se opta por una mirada que busca cuestionar los dispositivos que disputan las normas de lo público y sus ficciones.

Sin lugar a dudas, el problema de la comunicación pública tiene textura y espesor histórico. El ágora, el foro, el coliseo, el bazar, el mercado, la misa, la esfera pública, y los medios de comunicación –la lista podría seguir, hoy con las redes sociodigitales, mañana, probablemente, con una configuración similar a un escenario con Inteligencia Artificial propio de *Black Mirror* (2014)–; cada época y cada sociedad propone configuraciones sociales, culturales, económicas y políticas, así como relaciones con el saber que producen y batallan qué *es* lo público, las palabras y narrativas para decirlo, así como lo que lo conforma. Lo que lo instituye y lo que lo destituye; lo que lo trabaja. Y responde a una memoria, la duración de *Chronos* propiamente europea y occidental como escribe Hartog (2020), que produce las configuraciones del pasado como tantos puntos de articulación, discursos que se expresan y, a veces, quedan entre paréntesis en las reconfiguraciones posteriores, en los presentes sucesivos, de lo público. La comunicación pública tiene, en cada período, positividades propias, prácticas, escenarios culturales y discursos, que se transforman de manera difusa dentro de un sistema de racionalidades propias con sus relaciones de poder subyacentes. Así, el cuestionamiento se traslada desde las concepciones representativas de lo público y la filosofía normativa de la

libertad de expresión, hacia la percepción de lo público y el discurso convencional sobre un común.

Vislumbramos un movimiento de gubernamentalización de lo público, es decir, un proceso histórico en el que se disputan las convenciones sobre cómo enunciar “la” verdad. Lo público entra en las variables de gobierno de la población, sus comportamientos culturales, sus opiniones, las costumbres y los prejuicios.

1. El gobierno temporal de lo público

La producción del orden social implica que el gobierno de lo público remita a regímenes de historicidad, es decir, al ordenamiento (histórico) de las relaciones entre pasado, presente y futuro. Los discursos, imaginarios y prácticas sobre la historicidad, así como las técnicas de sincronización y desincronización del tiempo construyen órdenes y resistencias (disonancias y fisuras, diría Hartog), continuidades y discontinuidades que autorizan y prohíben modalidades de convivencia y modulan lo común. Estos regímenes de historicidad ejercen la fuerza de la norma sobre la comunidad, cuando la regulación de los sentidos del evento y la continuidad –tanto en singular como en plural– distribuyen las tareas sociales, sus condiciones y normas (temporales) de cumplimiento. Siguiendo este camino, el último libro de Hartog (2020) y los trabajos de Kosselleck (2018), estaríamos viviendo un presentismo digital que expande la experiencia de la simultaneidad de lo no simultáneo en el cotidiano.

Esta observación lleva a asumir que la densidad de la dimensión temporal de la comunicación pública no sólo es histórica, sino que también sociológica. Las diferencias sociales abismales en los puntos de vista sobre el tiempo y las experiencias del tiempo vivido revelan la precariedad como saturación temporal, la deuda como consumo de tiempo de vida, la memoria como (in)capacidades biográficas, sin olvidar patologías de época (estrés, ansiedad, angustia y depresiones). Son experiencias, percepciones y manifestaciones de un desborde de los tiempos disponibles y, finalmente, de paralización del tiempo común. Tantas experiencias cotidianas y, en distintos planos de la vida social, de la simultaneidad de lo no simultáneo. Así, el arquitecto y filósofo Paul Virilio ha dedicado gran parte de sus escritos a esta dimensión política del tiempo, a partir del concepto de *dromoscopy* (Virilio, 1984), que permite articular dos escalas: primero, la inmediatez del pasado que desactiva la incertidumbre del futuro; y segundo, la aceleración del

cotidiano que provoca ansiedad, desaparición de la intimidad y desarreglo general de la percepción. La combinación de estos dos fenómenos produce una “inercia total” (Virilio, 2000).

Estas temporalidades sociales de la inercia se trabajan desde políticas públicas, gobernanzas e instrumentos que distribuyen, organizan y frenan el cambio social, sin olvidar el ritmo electoral de los mandatos en las democracias representativas y sus efectos, tanto como acelerador y como paralizante. La ciencia política y la economía aquí nos dicen mucho sobre una tendencia a volver al discurso y a los instrumentos de la planificación. La reactividad, río abajo y ante el riesgo, parece instalada como norma que guía el actuar, no sólo de los y las profesionales de la política, sino de las élites económicas, mediáticas y culturales. Esta capacidad de acción que se despliega vía el mercado hegemoniza lo público y se nutre de un debate público fragmentado y dispersado por una simultaneidad que diluye el colectivo y la autoridad en conexiones-rizomas de dispositivos vídeo-socio-técnicos, cuya vorágine desactiva la discusión y activa la polémica. Más aún, cuando el imaginario de la globalización insinúa una sincronización de las temporalidades políticas mientras se observan, más bien, desincronizaciones y conflictos entre el nivel supranacional y nacional. Las pluralidades de tiempo y las decisiones sobre las temporalidades públicas administran coincidencias, concordancias, congruencias y desarticulaciones entre los espacios socioculturales, así como las escalas locales, regionales, nacionales y globales. Una política de la simultaneidad de lo no simultáneo.

El capitalismo financiero, con su horizonte cortoplacista, claramente aprovecha la rapidez del intercambio de datos y de capitales. La datificación del mundo reconfigura la mercancía motor del proceso de acumulación, la creación de valor; por sobre todo, ofrece la ilusión de la instantaneidad al intercambio. Así, la toma de decisión se acondiciona a indicadores que calculan las alternativas determinadas por algoritmos de comportamientos y perfiles de consumo. En un régimen capitalista de competencia desenfadada “24/7”, para retomar la fórmula sintética de Jonathan Crary, el tiempo atrapa las rutinas sociales en un presente acelerado y de insomnio. Interesarse en las temporalidades públicas implica entonces interrogar una fase del proceso capitalista y su manera de vectorizar cada microtemporalidad de una vida cotidiana ritmada por la experiencia de la simultaneidad de lo no simultáneo.

La contribución de los medios de comunicación a estos fenómenos no es menor. Los ritmos de producción y publicación, así como el presente-diferido de la transmisión en vivo,

abrieron la puerta a lo que Virilio llama la “tele-inter-actividad” (Virilio y Lotringer, 1987: 43), es decir, el desarrollo de relaciones sociales mediatizadas. La actividad mediática funciona hoy día como un dispositivo de exposición pública sin interrupción y a la vez hiper-veloz, que se retroalimenta del comentario en redes sociales digitales. Estas últimas abrieron un espacio de simultaneidad de lo no simultáneo que no responde a la idea de espacio público, sino de burbujas o cajas de resonancia en permanente rearticulación e intervenidas por una polifonía de identidades (maquinico-humanas).

Entre estos horizontes, usos, recursos y prácticas, pareciera vislumbrarse una «semiología del futuro». Se formula entre la espacialización del tiempo propia de la gestión por proyectos y la competencia por fondos concursables. Practican, producen y captan el futuro en el presente, desde las coordenadas de la innovación, la flexibilidad y la movilidad, todas operables sin trayectoria. Se figuran en oráculos contemporáneos que encarnan una política científica de dominación del hombre y desarrollan instrumentos que hacen advenir el futuro, esta institución acordada por grupos sociales dominantes y que desactiva el porvenir en el dispositivo del presente. Validados por diplomas, experiencias y famas, estos empresarios del futuro son plurales pero funcionan de manera circular, en una narrativa de profecías autocumplidoras que toman la forma de escenarios de anticipaciones gradualistas. Fundamentadas en cifras, indicios e indicadores, dictan órdenes de una industria público-privada que construye los fenómenos y sus riesgos, el tiempo para enfrentarlos, los horizontes de expectativas en un relato enigmático del futuro. Un relato que ha sido tan funcional a la política y la justicia transicional, que se hace difícil disputarlo en Chile. Pero que se desordena últimamente, bajo la presión del cambio climático que reconfigura profundamente las temporalidades si asumimos la hipótesis del Antropoceno.

En esta ecología de batallas cronopolíticas, la variable temporal de la gubernamentalidad divide, clasifica, posiciona, relaciona los individuos, los grupos y las poblaciones según perfiles temporales que atomizan el tiempo común. Proyecta las posibilidades e imposibilidades, y sus plazos de activación. Frente a esta vectorización del tiempo, los movimientos sociales y las protestas disputan las temporalidades, en otras palabras, hacen usos tácticos y estratégicos del tiempo. La distribución temporal de la acción colectiva y la paralización del tiempo, en ciertos momentos específicos y de naturaleza distinta –una marcha hacia el oriente de Santiago y la cena

de año nuevo en Plaza Dignidad–, entran en conflicto con el ritmo y *tempo* social establecido, el flujo temporal de la rutina productiva. Algunos lo teorizan como «defenestraciones del tiempo» (Blanc, Christoffel, 2017) que trabajan la politicidad del tiempo y atacan una visión hegemónica que hace del tiempo una variable exógena. A modo de resistencias y contra-prácticas, las estrategias y tácticas temporales producen solidaridades temporales que se materializan en contra-información y ritmos alternativos de publicación, mutualización de tiempo (*covoiturage*, transportes, modalidad de teletrabajo), sincronizaciones a contra-tiempo (acción colectiva el fin de semana), contra-efímero que disputa el calendario oficial, experiencia de la pausa (barberos y peluqueros durante el estallido social), entre muchas otras cosas. Chronotopías, burbujas contra-temporales, movimiento del *slow* (ciencia lenta, periodismo lento, etc.), sitúan el problema de la comunicación pública: ¿en qué medida los comunes son capaces de reformular las temporalidades públicas? Sin entrar en este escenario al que todavía busco dar sentido, hay una claridad sobre lo crucial de la pregunta durante la pandemia de SARS-CoV-2, episodio que además rearticuló las temporalidades públicas al incorporar los tiempos del virus, de la medicina, de la industria farmacéutica, así como de la modalidad remota de trabajo y actividad social.

El conflicto tiene por objeto la dinámica del compás social sobre la que se puede actuar. Lo que yo llamo *momentum* (Faure, 2020). Implica que la inteligibilidad misma del tiempo histórico está en juego. Es la esencia misma de la continuidad, *Chronos*, seguir concibiendo el tiempo de la misma manera para mantener una finalidad común. Disputar lo que se mantiene, por qué se mantiene, para qué se mantiene y cómo se mantiene el curso del orden. El *momentum* designa, en suma, una dinámica de influencia estratégica producto y objeto de las estrategias de los actores para cerrar y abrir las posibilidades y opciones políticas, sus orientaciones y su *tempo* a través de batallas cronopolíticas. Sitúo la politicidad de las “batallas cronopolíticas” en la “relación de fuerza entre temporalidades del orden (la continuidad) y temporalidades de la transformación (los gérmenes de una discontinuidad que abre otro futuro)” (Faure, 2020), asumiendo que “la producción y la transformación colectivas de normas temporales orientan el conjunto de la sociedad” (Gardella, 2014). Estas normas y las disputas de las que son objeto configuran las posibilidades y condiciones de producción y circulación de los discursos, los sentidos y las prácticas sociales y políticas que le constituyen, así como del tiempo común sobre

el que se actúa al decidir por acelerar, frenar o dilatar; sincronizar y desincronizar; disputar usos, prácticas y horizontes

Después de vacilar por ofensivas contra-temporales más intensas entre 2019 y 2021, este *momentum* sigue teniendo los rasgos de la reactividad. Parchar en vez de tener una política. Traer a sí la crisis para desactivar la catástrofe y crear las oportunidades en última instancia, cuando ya la crisis está a punto de volverse catástrofe. En términos temporales, al enfocarse de vuelta en el presente, la reactividad impone un futuro previsible en un presente-diferido, frente a un porvenir imprevisible y un pasado peligroso. Enmarca la acción política en posibilidades restringidas e incidiendo en el sentido de la comunidad política, espacio de competencia por la capacidad de actuar rápidamente en respuesta al entorno (Martuccelli, 2008).

2. No+ Futuro: pensar el porvenir

Plantear este programa de investigación en 2023, a 50 años del Golpe de Estado en Chile, no es anodino. Mientras se reactiva el ritual de conmemoración, se equipara, se ajusta, se contra-propone, incluso, se uniformiza el pasado, tanto la dictadura cívico-militar como la Unidad Popular y lo que más recientemente pasó a ser historia: la Concertación (1990-2010). Desde el octubre chileno (2019), se despliega un espejismo galopante que asemeja el presente a los años 70 y aprovecha para condenar una asumida polarización política. Sin embargo, es menester notar que la politización es radicalmente diferente entre los dos periodos, lo que remite a otras relaciones de fuerza y lógicas de gobierno propias de un fuerte darwinismo social. Hoy, el futuro se satura y diluye en el presente; cuando era la guía del presente en los 70. Por la misma razón, el tiempo es veloz y los acontecimientos van a un ritmo desenfrenado en las dos épocas. Pero la naturaleza de esta aceleración, de las temporalidades sociales y de la impaciencia –y sus repercusiones mediáticas y periodísticas– resultan muy distintas. Durante la UP y desde los años 1930, esta aceleración es una respuesta impulsada por el Estado como proyecto de cambio social frente a las desigualdades que producen las estructuras sociales y la dependencia económico-cultural del país; con sus discordancias temporales propias con el movimiento popular. La fase de desarrollo hacia adentro ritmaba las estrategias de desarrollo y los planes de crecimiento y expansión. El objetivo era fomentar la producción para cambiar los términos de la repartición de las riquezas. Nada más lejos de la política de reactividad y competencia mediadas por el mercado

que conocemos en la actualidad. El régimen de historicidad de los años setenta implicaba una tangente, mientras que el de nuestra época propone un punto muerto. Fuerza a cuestionar en qué consiste la aceleración del tiempo y la relación con el futuro en cada período, incluso con nuestro presente y su diferencia histórica.

La clave de lectura temporal pone el patrimonio a distancia, y tensa la memoria desde la problematización del porvenir. Lleva a reconocer que la relación de los dos períodos (la Unidad Popular y la época actual) al tiempo es radicalmente diferente. Para exponer tres desplazamientos de estos dos regímenes de historicidad, seguiré un orden cronológico, desde la UP hasta la secuencia política actual, por comodidad y claridad del argumento. Primero, obliga a considerar los dos momentos en la continuidad de lo que heredan. En la historia republicana chilena, el gobierno de la Unidad Popular responde a una época en la que el concepto de Revolución es transversal a los tres proyectos políticos en disputa. Nos da una fuerte señal sobre el régimen futurista de historicidad. El evento y el horizonte de la crisis se inscriben en una disputa sobre la emancipación, en la tensión entre la historia (el hombre nuevo) y la *parusía* (el paraíso). El trabajo para inscribirse en una historia republicana resignifica el pasado desde el horizonte de la igualdad de las masas. Las presiones que sacuden la sociedad chilena del siglo XXI no tienen esta proyección hacia un futuro mejor. Se proyectan en la verticalidad de un (omni)presente ausente. Los años 1970 son el canto del cisne de futuro, rápidamente negado en los años 1980, sin duda como una digestión de los eventos que desvió el régimen teleológico de su camino: Auschwitz e Hiroshima. Se formula en una “época de la memoria” que patrimonializa el pasado. El régimen presentista se consume en el desempleo y la deuda, en el futuro. A nivel nacional, el proyecto sociopolítico de la dictadura cívico-militar y el paradigma económico que se decide instalar, los dos tributarios de prácticas autoritarias de gobierno de la población, producen este presentismo, nutrido por la memoria anti marxista de la UP y el control de toda información pública. Los años de la Concertación, gobiernos “en la medida de lo posible”, administran el presentismo en programas de políticas públicas reactivos que ratifican el método: desde planificaciones hasta escenarios que producen enemigos internos.

Precisamente, en este intersticio, se sitúa el nudo del problema. Forzada por metas políticas, la analogía (que, al fin y al cabo, asimila política a anarquía), no pasa un examen superficial. Ni siquiera es necesario aludir a la tecnología disponible, sino reconocer las

diferencias históricas en la disputa sobre las identidades, el lugar de las organizaciones partidarias en la sociedad o el rol y la percepción de las instituciones. La configuración de lo público es absolutamente distinta. Deuda, reactividad, ajustes, apropiación y resignificación consumen el futuro en la proyección simbólica de la división. No es que lo cierren; no sólo es que se (re)presente desde el presente (valga la redundancia); más bien, para hacerse presente, se consume al dividir y oponer. Responde a una subjetividad que no es política, sino en el sentido de personalista, psicologizante, resolvente y consumista.

La obsolescencia de los objetos, de las ideas y de las identidades desactiva la integración social y cultural. Es el precio de la sincronización en ciclos acelerados y superpuestos, en los que se rearticulan ritmos y compases diferenciados. La sobre-producción y la distribución de información y eventos, en un permanente retraso, sólo deja tiempo para decisiones-gestos sin fundamentar, justificar ni explicar. De nuevo, solo se puede reaccionar y se trata de fiscalizar el tiempo de reacción. Y comunicar, para gestionar las crisis; desarrollar narrativas que dan sentido al tiempo mismo y las posibilidades de su uso. Frente a este tiempo reducido a lo mínimo, nutrido por la digitalización de las sociedades, el largo plazo parece extenderse por la continuidad que provoca la misma producción de datos y el desplazamiento de la mirada hacia el Antropoceno. Las temporalidades públicas parecieran descarnadas entre el nanosegundo y la apertura de una nueva era.

3. Temporalidades comunes

Las temporalidades públicas tratan, finalmente, de construir las formas perceptibles y pensables de un mundo común, es decir, las convenciones y normas sobre las ficciones de lo público, los sujetos y los eventos. En permanente reconfiguración entre sus capas, densidades, texturas, el tiempo es un instrumento de gobierno de lo público. De manera discreta, a veces usando la aceleración, otras veces dilatando o también disfrazándose de regularidad, impacta lo que se puede decir (o no), desde cuándo se puede tomar la palabra o la decisión, como matriz del para qué y del cómo se debe de ir. De manera brutal, organiza la vida en sociedad perfilando normas que producen asimetrías y jerarquías públicas.

Las temporalidades y lo que significan históricamente, un “régimen temporal” (Torres, 2021), se expresan al menos en tres niveles: saberes, discursos y prácticas de la comunicación

pública. Estos niveles se complejizan por las herencias del pasado que van transportando, los horizontes que construyen, así como también por las articulaciones entre las escalas globales, continentales, nacionales, regionales y locales. En una época en donde el flujo de conexiones en nanosegundos hace que la vida se viva “en tiempo real” (por lo mismo virtual y diferido), la administración de la simultaneidad de lo no simultáneo se revela en las temporalidades públicas y los conflictos sobre el *momentum*.

En definitiva, el problema de las temporalidades se articula con una serie de preguntas en torno al desafío de la comunicación como búsqueda de lo común, al rol público de la comunicación y la racionalidad comunicacional en la fabricación del (de los) sentido(s) y la(s) manifestación(es) de lo público, en nuestras sociedades y a lo largo de su historia.

Bibliografía

- Blanc, N., Christoffel, D. (2017). «Introduction». *Multitudes*, 69 (4), 43-49. DOI: 10.3917/mult.069.0043.
- Crary, J. (2014). *24/7: le capitalisme à l'assaut du sommeil*. Paris: La Découverte, “Zones”.
- Faure, A. (2020). «¿Se politizó el tiempo? Ensayo sobre las batallas cronopolíticas del octubre chileno». *Universum* [Talca. En línea], 35 (1), 46-73. <https://doi.org/10.4067/S0718-23762020000100046>.
- Gardella, E. (2014). «L'urgence comme chronopolitique». *Temporalités* [En ligne], 19, mis en ligne le 30 juin 2014. DOI: <https://bit.ly/2PcgkOi>.
- Hartog, F. (2020). *L'Occident aux prises avec le temps*. Paris: Gallimard.
- Koselleck, R. (2004). *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*. Columbia University Press.


Martuccelli, D. (2008). «Les imageries du pouvoir: de la rationalisation à la réactivité». *L'Homme et la société*, 152-153 (2), 183-200.

Torres, F. (2021). *Temporal Regimes. Materiality, Politics, Technology*. Routledge.

Virilio, P. (1984). *L'espace critique*. Christian Bourgois.

Virilio, P. (2000). *La inercia polar*. Trama.

Virilio, P., Lotringer, S. (1987). *Pure War*. Zone Books.



Comunicación
científica